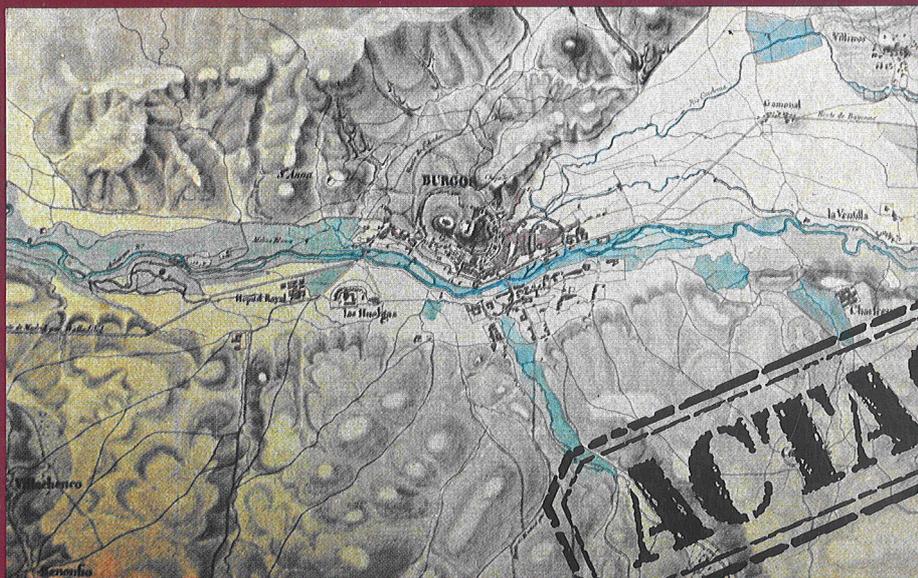


# EL ESPACIO GEOGRAFICO DE CASTILLA LA VIEJA Y LEON

## I CONGRESO DE GEOGRAFIA

DE CASTILLA LA VIEJA Y LEON

Burgos, 4-7 Mayo 1.981



CONSEJO GENERAL DE CASTILLA Y LEON

PONENTE:

D. Fernando Manero  
Miguel.

COMUNICANTES:

E. García Zarza.  
M<sup>o</sup> Paz Cabello Rodríguez.  
B. Calderón Calderón.  
J. Crespo Redondo.  
L. López Trigal.

# LA INDUSTRIA Y LAS CIUDADES EN CASTILLA LA VIEJA Y LEÓN

por Fernando Manero Miguel

Los procesos de crecimiento económico y transformación espacial experimentados en España a partir de los años sesenta han dejado una huella ostensible en el ámbito regional castellano-leonés. Nuestra región acusa, con mayor o menor intensidad, todo el cúmulo de mutaciones derivadas de una etapa de cambio en la dinámica de las distintas variables que integran la estructura económica de un espacio y la articulación de sus diferentes elementos constitutivos. Cambios que, en principio, tienen su fundamento en la progresiva modificación de una imagen tradicional, que ha tratado de identificar a Castilla-León como un espacio eminentemente ruralizado, en la medida en que sus componentes esenciales aparecían estrechamente relacionados con el protagonismo de la actividad agraria, en torno a la cual gravitaban todos los demás, es decir, desde las propias formas de vida y trabajo de la población hasta el sistema de relaciones y flujos que la vinculaban con los otros ámbitos del país. Una homogeneidad económica que proporcionaba además las bases sobre las que se sostenía una innegable coherencia regional, un perfecto equilibrio interno, propiciador de una perfecta integración funcional y geográfica entre sus diferentes espacios comarcales. Por tanto, no es ocioso afirmar que el significado de las transformaciones actuales encuentra su inicial razón de ser en la progresiva e irreversible alteración de este fundamento económico tradicional.

En efecto, con independencia de situaciones excepcionales, que aún subsisten, es obvio que la actividad agraria aparece sometida, en líneas generales, a una reordenación profunda, como consecuencia de la pérdida sensible de población activa, de la modernización de los sistemas de cultivo y del innegable aumento de la productividad como alternativa lógica e inevitable a su continuo deterioro demográfico. En suma, nos encontramos ante un sector forzado a un proceso de fuerte racionalización interna, en un intento por adecuar las técnicas, el nivel de rendimientos y la rentabilidad a la competencia derivada de la expansión de otros sectores, cuya implantación regional, más o menos generalizada, ha introducido un decisivo elemento de diversificación en el panorama económico y geográfico de una región caracterizada hasta hace poco por el neto predominio del llamado sector primario.

Evidentemente, esta diversificación viene acompañada por el inicio de una nueva etapa de industrialización, cuyo impacto comienza a detectarse a todos los niveles: en la creación de nuevas empresas, en la consolidación de otras preexistentes, en el

aumento de la población activa integrada en el sector, en el movimiento de capitales y flujos de inversión, en el desarrollo de relaciones de intercambio tecnológico con otras regiones, en la apertura de líneas de exportación o en la modificación positiva y creciente de su nivel de participación dentro del producto interior regional. Pero, sobre todo, su impacto posee una indudable dimensión geográfica, pues la creación de Polos de Desarrollo, de polígonos industriales o la realización de importantes obras de infraestructura son, en esencia, algunos de los elementos perceptibles, que revelan con claridad la naturaleza real de un cambio paulatino en la organización del espacio regional castellano-leonés.

Por último, a todo ello habría que añadir la nueva fisonomía que hoy ofrece el poblamiento urbano, como uno de los testimonios más evidentes también de la modificación experimentada en las formas de vida de sus habitantes. Las ciudades castellanas, es decir, aquellos núcleos con una entidad propiamente urbana, manifiestan de forma inequívoca una renovación sensible en su imagen tradicional, pues, a pesar de los contrastes de escala que las distinguen entre sí, todas se ven afectadas por un denominador común: la expansión de la superficie edificada, la compactación del plano y la aparición de una nueva morfología urbana, con importantes diferencias cualitativas, que ha logrado remozar sensiblemente esa apariencia clásica de pequeñas capitales de provincia, que han mantenido sin excepción hasta el último tercio de la actual centuria. Más aún, desde el punto de vista funcional, las ciudades aparecen al mismo tiempo como los centros dinamizadores de la vida regional; han intensificado sus efectos polarizantes sobre el espacio que las rodea y, en algunos casos, han llegado a crear formas nuevas de asentamiento vinculadas a la expansión de la segunda residencia.

Aspectos todos ellos interesantes e ilustrativos que permiten subrayar esa realidad espacial renovada que hoy se percibe fácilmente en la región. Una renovación que, sin embargo, debe ser valorada en sus justos límites. Pues, a decir verdad, estos cambios traducen la existencia de un proceso equivalente a escala nacional, del que se han visto afectadas todas las regiones españolas. De ahí que el caso castellano-leonés no presente de hecho ningún carácter excepcional: es una manifestación más de un fenómeno generalizado, que no ha traído consigo ni un desarrollo equilibrado y armónico de la región ni tampoco ha contribuido al reforzamiento de su posición dentro de las principales magnitudes económicas nacionales. Por el contrario, Castilla la Vieja-León conserva, a través de un análisis global, su condición de espacio regional deprimido dentro de España, aunque con una peculiaridad significativa; esto es, la existencia de profundos desequilibrios internos, derivados de un crecimiento excesivamente puntual y localizado.

Y es precisamente el conocimiento e interpretación de estos desequilibrios espaciales lo que nos permite captar la índole real de los cambios más profundos experimentados en nuestra región. Una interpretación que debe ir más allá de la mera constatación de su expansión industrial y urbana, con el fin de apreciar la verdadera entidad del proceso y la trascendencia de las modificaciones ocurridas en el espacio. Sólo así será posible colegir los dos rasgos esenciales que, en mi opinión, caracterizan a la situación actual: por un lado, las insuficiencias y limitaciones del crecimiento industrial y, por otro, las contradicciones generadas por una expansión urbana acelerada y disarmónica.

## 1. Las características fundamentales del proceso de crecimiento industrial

A la hora de enjuiciar la problemática que, desde el punto de vista industrial, presenta actualmente la región castellano-leonesa, se debe partir de la solución de continuidad que la década de los sesenta establece en la delimitación de dos etapas relativamente bien diferenciadas. Con independencia de las valoraciones concretas, que no dejan de ser expresivas, resulta obvio el nuevo sesgo que la creación de Polos de Desarrollo introduce en el panorama industrial de la región. A la nueva etapa iniciada a mediados del decenio cabe atribuir, en efecto, la imagen básicamente renovada que ofrece la actividad industrial, hasta el extremo de romper con la simplicidad característica del periodo precedente. La renovación sectorial y su progresiva diversificación constituyen, en principio, síntomas indudables del cambio, que necesariamente ha de ser tenido en cuenta por su importante dimensión geográfica. Y es así como ha de verse el tránsito de la industria tradicional a otra más moderna y evolucionada, con importantes repercusiones sociológicas y espaciales, cuyo verdadero significado reside en la serie de mutaciones experimentadas a partir de una base previa.

a) *La paulatina y limitada renovación de una industria de carácter tradicional.*—El tímido y efímero impulso industrial registrado en la inmediata posguerra explica claramente la pervivencia continuada de una estructura de la población activa asociada mayoritariamente al trabajo de la tierra. Del volumen de activos (1.082.098 personas) con que cuenta la región en 1960, más de la mitad —562.777, es decir, el 52 por 100— se integran en las labores del campo, muy por encima del contingente ocupado en los servicios —336.477, con un 31,09 por 100— y, sobre todo, del grupo vinculado a la actividad industrial, que con apenas el 17 por 100 (182.844) se sitúa en una posición netamente marginal<sup>1</sup>.

CUADRO I  
LA INDUSTRIA EN CASTILLA LA VIEJA Y LEON EN 1960  
(muestra)

	Empresas	%	Obreros	%	Valor de producción (miles de ptas.)	%
Madera.....	1.843	28,66	6.266	11,30	567.713	3,80
Alimentación y bebidas ....	1.709	26,59	18.928	34,09	8.736.939	58,58
Material de construcción ...	1.166	18,13	8.136	14,65	423.209	2,84
Cuero, calzado y confección	828	12,88	3.619	6,52	479.701	3,22
Química .....	414	6,44	9.276	16,71	3.102.754	20,81
Papel y Artes Gráficas .....	290	4,52	3.320	5,98	419.599	2,81
Metalurgia.....	179	2,78	5.967	10,75	1.182.716	7,94
<b>TOTAL .....</b>	<b>6.429</b>	<b>100,00</b>	<b>55.512</b>	<b>100,00</b>	<b>14.912.631</b>	<b>100,00</b>

FUENTE: Estadística de producción industrial, 1960.

<sup>1</sup> Vid. Servicio de Estudios del Banco de Bilbao. *Renta Nacional de España y su distribución provincial*, 1960.

Marginalidad que no es menos perceptible en el tipo de industria existente. Si se toma como base de referencia aproximada la información recogida en las estadísticas de producción industrial correspondientes a la misma fecha, las conclusiones no pueden ser más elocuentes<sup>2</sup>. En efecto, de las 6.429 empresas reseñadas, la mayor parte corresponden a unidades de muy reducidas dimensiones. Más del 80 por 100 poseen una plantilla inferior a 25 trabajadores y tan sólo la décima parte sobrepasan los 250. Asimismo, el valor de la producción da buena idea de la débil entidad que poseen estas instalaciones industriales, ya que la producción media de las empresas castellanas sobrepasa escasamente los dos millones de pesetas, casi un 25 por 100 por debajo de la media nacional. A ello cabría sumar la expresividad que poseen otros indicadores no menos significativos, como son el bajo consumo de energía eléctrica o el débil valor relativo de las materias primas consumidas, lo que, sin duda, ratifica los dos caracteres básicos que en estos momentos definen a la industria castellano-leonesa; esto es, el carácter semiartesanal de la mayor parte de sus fabricaciones y una marcada simplicidad, al configurarse como una actividad circunscrita estrictamente al ámbito regional en el que se localizan y del que dependen tanto en el abastecimiento de primeras materias como en el destino prioritario de sus fabricados.

No cabe entender, por tanto, de otro modo la existencia de una estructura sectorial claramente polarizada hacia actividades poco evolucionada. Así resalta, en primer lugar, el protagonismo ejercido por la fabricación de productos alimenticios y bebidas, al que se asocian más de la cuarta parte de las empresas, el 34 por 100 de los trabajadores y, lo que es más importante, casi el 59 por 100 del valor total de la producción. De ahí que sea este sector el que en mayor medida logre unificar la labor manufacturera de las provincias castellanas, pues en todas ellas, sin excepción, la obtención de este tipo de producciones constituye el capítulo más importante en su contribución al cómputo de la renta industrial, con casos verdaderamente expresivos, como los de León, Palencia o Zamora, donde cerca del 70 por 100 del valor de la producción depende en exclusividad de este sector. No en vano aparece, en efecto, como el más adecuado a las posibilidades reales con que cuenta la región, pues dispone fácilmente de varios elementos fundamentales que así lo propician. Destacamos, entre ellos, la existencia de materias primas de origen agrario, susceptibles de utilización inmediata; de una mano de obra escasamente cualificada, apta para un tipo de fabricación que no presenta, al menos en estos momentos, una acusada complejidad tecnológica, y, sobre todo, la facilidad para llevar a cabo una instalación sencilla, poco exigente desde el punto de vista financiero<sup>3</sup>.

En las mismas coordenadas se inscriben los otros sectores, que marcan por ahora la tónica fabril de nuestra región. Sectores como, por ejemplo, el de la madera o el de los materiales de construcción, que aglutinan el 47 por 100 de las empresas y poco más de la cuarta parte de los trabajadores. En ambos casos, el minifundismo empresarial adquiere, si cabe, un nivel más exacerbado. Las 1.843 firmas madereras registradas (en su mayor parte, serrerías y pequeñas fábricas de muebles) poseen una plantilla total de 6.266 empleados, lo que arroja una media extraordinariamente baja

---

<sup>2</sup> Conviene tener en cuenta que estos datos corresponden a una muestra efectuada por el Servicio Sindical de Estadística tomando como base los informes provinciales. Con todo, no deja por ello de tener un innegable valor, al menos aproximado, a la hora de conocer las características esenciales de la industria tanto a escala provincial como regional.

<sup>3</sup> Baste señalar, por ejemplo, el reducido volumen de capital con que cuentan la mayor parte de estas empresas. Salvo algunas unidades fabriles de mayor tamaño —vinculadas generalmente al sector alimentario (chocolates, galletas o azucareras)— la media estimada de capital por empresa oscila en torno a las 200.000 pesetas. Vid. *Avance sobre el trabajo de centralización de los registros industriales provinciales*. Madrid, Sección de Estadística e Información Industrial del Ministerio de Industria, marzo 1960.

(3,4 obreros por planta), no muy inferior, sin embargo, a la que define a la fabricación de materiales de construcción, donde, por término medio, cada empresa posee una cifra de tan sólo siete trabajadores.

La dimensión, cuantitativa y cualitativa, que poseen estos sectores, impropia-mente definidos como industriales, relega a un segundo plano a aquellos vinculados a una transformación más intensa de las materias primas o, mejor dicho, a producciones con mayor valor añadido. No cabe interpretar de otra manera la insignificancia de la metalurgia, tanto básica como ligera. Apenas el 3 por 100 del censo empresarial y el 8 por 100 del valor de la producción corresponden a un sector, cuya debilidad, e incluso ausencia en algunas provincias, denota la pervivencia de un estadio muy bajo en el nivel de industrialización, que no va más allá del simple aprovechamiento de los productos brutos de que es posible disponer «in situ».

Nos encontramos, pues, ante una actividad industrial relativamente homogénea y coherente a escala regional, marcada por el sentido unificador que proporciona el pequeño taller, dotado de un reducido contingente de trabajadores, de un nivel de equipamiento escaso y de un moderado volumen de capital, cuya baja cuantía traduce, sin duda, el carácter marginal que poseen la mayor parte de las empresas con relación a los principales circuitos financieros<sup>4</sup>. No es ocioso admitir que, a nivel general, los rasgos más significativos que presenta la industria a comienzos de los años sesenta constituyen en cierto modo la base sobre la que descansa un equilibrio interno en la dinámica de este tipo de actividad, ante la escasa dimensión que al parecer presentan los flujos interindustriales entre unas provincias y otras. Es más, a tenor de la importancia que en todas ellas ofrecen los mismos sectores, orientados a una producción similar, y teniendo en cuenta además la débil diversificación existente, cabe suponer que la complementariedad y la división provincial del trabajo es prácticamente inexpressiva: más bien se ha de hablar de unidades fabriles independientes, con un marco de incidencia estrecho, limitado con prioridad al espacio provincial en que aparecen ubicadas.

De todos modos, conviene señalar que en los primeros años del decenio considerado empieza a decantarse lentamente la personalidad industrial que dentro de la región han de adquirir en un futuro próximo los enclaves de Valladolid y Burgos. Ya en 1960 ambas provincias aglutinan el 40 por 100 de la mano de obra empleada en la industria, el 42 por 100 del valor de la producción y, lo que es más importante, casi la mitad del capital invertido<sup>5</sup>. Consiguen esta posición no tanto como consecuencia de una mayor vitalidad, que en términos globales es equiparable al resto, sino en virtud del papel ejercido por algunas de las factorías allí instaladas, que se cuentan entre las más importantes de la región. Así se explican, por ejemplo, aspectos singulares, como es la excepcional dimensión alcanzada por la industria química, que absorbe hasta el 20 por 100 del valor producido, correspondiente en su mayor parte a unas cuantas empresas burgalesas (Cellophane, SESA, FEFASA) o vallisoletanas (Nitratos Castilla). Lo mismo cabría subrayar en relación con el indudable protagonismo de Valladolid en el terreno de la metalurgia, pues sólo en ella se concentra más de la tercera parte de la mano de obra y el 53 por 100 de la aportación económica del sector a nivel regional.

<sup>4</sup> Así se señala, por ejemplo, a propósito de Avila, donde «la casi totalidad del orden industrial se desarrolla en establecimientos de tipo artesano, con exiguo capital, escasos e insuficientes elementos de producción, con pequeña rentabilidad y sin empleo en la mayoría de los casos de mano de obra remunerada». *Memoria del Consejo Superior del Ministerio de Industria*, 1960, pág. 28.

<sup>5</sup> *Avance sobre el trabajo de centralización de los registros industriales.*

Todo ello contribuye, en suma, a sentar las bases de un proceso de diferenciación que, si es perceptible aisladamente en todas las provincias, en éstas reviste matices más evidentes. Y así, sin alterar de hecho el panorama ya señalado, que en muchos aspectos permanece intacto, llama la atención el inicio de una fase modernizadora aplicada a la actividad industrial, que se insinúa tímidamente en los años previos al I Plan de Desarrollo, para adquirir poco después verdadera carta de naturaleza. Por eso no deja de ser expresiva la puesta en práctica de unos proyectos que tienden a romper con los moldes heredados. Baste señalar, en efecto, las importantes ampliaciones acometidas en la industria burgalesa ya en 1961, reflejadas sobre todo en el sector químico, maderero y de alimentación, a las que se suma en el ejercicio siguiente la instalación de la empresa TAGLOSA, cuyo funcionamiento descansa en el empleo de maquinaria alemana y en una inversión inicial de 45 millones de pesetas, sufragada parcialmente (18,7 por 100) por la financiación extranjera<sup>6</sup>.

Más significativo es, empero, lo sucedido en Valladolid, donde ya se perfila nítidamente la prepotencia del sector del automóvil, que no tardará en eclipsar el protagonismo de las fabricaciones tradicionales<sup>7</sup>. Es ahora cuando se procede a la realización de sucesivas ampliaciones de capital y a la mejora del equipamiento en las principales empresas del ramo, como ocurre con SAVA, asociada ya en estos momentos a la British Motor, y especialmente con FASA, que logra, en 1963, un aumento de la producción anual en un 15 por 100, a la vez que se plantea la posibilidad de instalar en Valladolid la sección de motores y de estampación, con el consiguiente incremento de espacio ocupado que todo ello trae consigo<sup>8</sup>. Dinamismo del que tampoco permanecerán al margen otras firmas, que traducen un comportamiento análogo. Citemos, entre otras, la trayectoria manifestada por algunas de las más relevantes firmas textiles (Industrial de Fibras Aplicadas, S. A., con maquinaria británica y un capital social de 20 millones) o del sector alimentario, coincidiendo con un reforzamiento de las azucareras o de factorías con alta tecnificación, cual es el caso de la Sociedad Española de Productos Maggi, que se instala en Valladolid en 1961, con un capital de 175 millones de pesetas, procedente en un 50 por 100 de la inversión foránea.

Esta serie de iniciativas, que con el tiempo dejarán de ser únicas y excepcionales, constituyen una buena muestra de la nueva fisonomía que lentamente va adquiriendo la actividad industrial en determinados enclaves de la región castellano-leonesa. Sin suponer una verdadera ruptura con el esquema anterior, prefiguran las bases de una nueva etapa, esencialmente renovadora, que modifica en profundidad los parámetros sobre los que hasta ahora se había sostenido la actividad fabril de nuestra región. Una renovación que, en esencia, se vertebra en torno a tres aspectos fundamentales: la individualización de empresas grandes y de mediano tamaño, caracterizadas en muchos casos por auténticas economías de escala y, por tanto de una elevada productividad; la diversificación sectorial, en detrimento de la relativa simplicidad anterior, y, finalmente, la progresiva consolidación de la personalidad industrial vallisoletana y, en menor medida, de Burgos, como áreas preferentes de localización, hacia las que se canalizan toda una serie de iniciativas no estrictamente

<sup>6</sup> *Memoria del Consejo Superior del Ministerio de Industria*, 1962, pág. 68.

<sup>7</sup> *Perspectivas de la economía de Valladolid*. Madrid, Consejo Económico Sindical Nacional, 1960, s.p. También en *Memoria del C.S.M.I.*, 1963, pág. 361.

<sup>8</sup> La ocupación de nuevo espacio es algo habitual en la tendencia expansiva registrada por FASA en los primeros años sesenta, a medida que la empresa trata de acometer la fabricación integrada de automóviles. Así, cabe subrayar cómo las nuevas instalaciones programadas en 1963 vienen a sumarse a los 1.310 metros cuadrados, ocupados ya de nuevo el año anterior para la planta de ensamblaje de carrocerías. Dinámica lógica en el comportamiento de una factoría que ya en 1962 arrojaba una producción valorada en 2.022,5 millones de pesetas. *Memoria...*, 1962, págs. 358-359.

locales como antaño, sino de proyectos vinculados a la entrada de la financiación externa. De ahí que las medidas oficiales adoptadas a partir de la segunda mitad del decenio no hagan sino aprovechar, reforzar y favorecer una dinámica que ya aparecía previamente perfilada, al «socaire» de las indudables ventajas locacionales que presentan estas dos ciudades castellanas, con relación a los grandes centros de decisión de la economía española.

b) *Una polarización del crecimiento industrial ligada estrechamente a la planificación indicativa.*—Todos los indicadores coinciden en subrayar la existencia de una profunda renovación en la personalidad fabril de Castilla la Vieja y León a lo largo de los años setenta. Entre 1960 y 1977, el valor neto de la producción industrial registra un incremento del 760 por 100, al pasar de 11.562 a 99.458 millones de pesetas constantes, con un ritmo de expansión excepcionalmente acelerado en los últimos años del período<sup>9</sup>. Paralelamente tiene lugar una modificación importante en la estructura de la fuerza de trabajo, que logra superar el tradicional protagonismo del sector agrario, situado ya por debajo de los servicios, al tiempo que se refuerza de modo sensible el lugar ocupado por los activos industriales, cuya progresión en términos relativos (42,71 por 100 entre ambas fechas) contrasta con la mayor lentitud e incluso declive observados en los otros niveles de la actividad productiva e incluso con el propio descenso de la población activa regional.

CUADRO II  
ESTRUCTURA DE LA POBLACION ACTIVA

	1960		1977		Evolución 1960/1977	
		%		%		%
Actividad agraria .....	562.777	52,00	330.324	35,00	-232.453	-41,30
Actividad industrial.....	182.844	16,90	260.942	27,64	78.098	42,71
Servicios .....	336.477	31,10	352.774	37,36	16.297	4,84
<b>TOTAL .....</b>	<b>1.082.098</b>	<b>100,00</b>	<b>944.040</b>	<b>100,00</b>	<b>-138.058</b>	<b>-12,75</b>

FUENTE: Servicio de Estudios del Banco de Bilbao.

Por último, el cambio deja ver también su impronta en una profunda mutación sectorial, tanto en términos cuantitativos como, sobre todo, en cuanto a la calidad y racionalización de las instalaciones<sup>10</sup>. Así, el descenso observado en el número de empresas vinculadas a la producción alimentaria, cuya cifra absoluta disminuye en un 50 por 100, tiene su contrapartida en un aumento del número de obreros y, consecuentemente, del valor de la producción. Se mantiene, en efecto, la importancia anterior de la pequeña empresa, aunque más de la tercera parte aparecen englobadas en la categoría superior a los 50 trabajadores, en consonancia además con el fortalecimiento simultáneo de importantes factorías, que no cesan de renovar sus instalaciones y de ampliar su capital social, especialmente en el caso de las grandes azucareras o de algunas empresas agroalimentarias vinculadas a la financiación multinacional.

<sup>9</sup> Banco de Bilbao: *Renta Nacional de España*, 1977.

<sup>10</sup> *Estadísticas de producción industrial*. Servicio Sindical de Estadística, 1975.

Esta dualidad, característica de un sector de gran arraigo en la región, aparece igualmente perfilada en los otros campos de la producción, aunque con matices más atenuados, debido, sin duda, a que la selectividad empresarial opera con más fuerza en fabricaciones donde la exigencia de economías de escala, competitivas, es mucho más imprescindible. Sin necesidad de llevar a cabo una relación exhaustiva, cabe subrayar el hecho de que a partir de ahora la dinámica de muchos sectores dependerá de la que impriman firmas muy concretas y determinadas. Esto es, lo que sucede en los dos terrenos hacia los que se orienta preferentemente la moderna industria de nuestra región, es decir, la química y la metalurgia de transformación. Una y otra traducen con nitidez rasgos de renovación similares: concentración progresiva del empleo y de la producción en empresas muy concretas, suscripción regular y sistemática de contratos de asistencia técnica con sociedades extranjeras, ampliaciones frecuentes de capital con recurso a la financiación pública y privada y, en no pocos casos, desarrollo de sistemas de subcontratación, que contribuyen a generar relaciones interindustriales jerarquizadas, de gran significación espacial<sup>11</sup>. Puede decirse, en suma, que ambos sectores simbolizan perfectamente el nuevo sesgo adquirido por el proceso de industrialización, hasta el punto de que en torno a ellos gravitan las principales transformaciones operadas en este sentido. Un proceso que, por lo demás, se resume en un hecho significativo: tras haber perdido su condición de sectores marginales en el elenco productivo de la región, como se recordará ocurría a comienzos de los años sesenta, han pasado a adquirir una posición preeminente, pues no en vano canalizan más de la tercera parte de la fuerza de trabajo y, lo que es más importante, el 60 por 100 del capital social y un porcentaje similar a la cuantía de la inversión llevada a cabo<sup>12</sup>.

Ahora la marginalidad corresponde, en cambio, a los sectores de tradicional protagonismo, como son, entre otros, los vinculados a la transformación de la madera, al textil o al grupo de materiales de construcción, de indudable predicamento y generalización en el pasado fabril de nuestra región. Se ha producido, en otras palabras, lo que pudiera definirse como una inversión en la jerarquía sectorial, que no resulta aleatoria ni gratuita, en la medida en que responde a factores muy concretos y específicos, ligados a la consolidación del proceso ya perfilado en la década anterior.

Efectivamente, la aceleración del dinamismo de unos sectores con respecto a otros tiene su correspondencia inmediata en un fenómeno de singular interés geográfico: la progresiva polarización espacial de la moderna actividad transformadora. Si en 1960 las provincias de Valladolid, León y Burgos concentraban ya casi el 50 por 100 del valor total de la producción regional, su importancia no cesará de reforzarse en los años siguientes hasta alcanzar a mediados de los setenta cerca del 56 por 100 del cómputo global. Un ritmo que, pese a todo, será aún más significativo al considerar solamente la parte referida a la actividad industrial, en la que, a lo largo del mismo período, las tres provincias consideradas elevan su participación del 55 al 64 por 100, consolidando claramente su personalidad fabril dentro del ámbito castellano-leonés.

Con todo, el proceso reviste una mayor precisión si se tiene en cuenta la excepcional vitalidad que en este sentido manifiestan *Valladolid* y *Burgos*, donde el porcentaje relativo de su producción agraria se mantiene por debajo de la media

<sup>11</sup> Informaciones obtenidas a través de las referencias mensuales sobre «Estadística y Legislación» recogidas en *Economía Industrial*.

<sup>12</sup> *Ibidem*. Sobre la vitalidad de estos sectores puede verse también BANCO DE BILBAO: *Panorama económico castellano-leonés*. Bilbao, 1971, 171 págs. Cf. págs. 91 y ss.

regional, mientras que casi la tercera parte de su población activa se encuadra en el sector secundario y casi el 40 por 100 de su renta provincial está basada exclusivamente en la industria<sup>13</sup>. Es la consecuencia lógica de una etapa expansiva, caracterizada por un crecimiento sensible del valor neto de la producción industrial, que no admite parangón con ninguna otra provincia de la región<sup>14</sup>. Así, en los diecisiete años considerados, esta magnitud, calculada siempre en pesetas constantes, adquiere, en el caso de Burgos, un incremento del 963 por 100, mientras que en Valladolid el alza sobrepasa ampliamente el 1.000 por 100 (1.420 por 100), en claro contraste con una evolución general que, en el conjunto castellano, se mantiene en torno al 760 por 100. Al mismo tiempo, la verdadera índole del fenómeno se ratifica al considerar que, con exclusión de ambas provincias, el incremento efectivo de esta variable en el resto de la región desciende hasta un 575 por 100, en perfecta consonancia con el declive que todas las demás experimentan en su participación relativa con respecto a la que poseían quince años antes. Un hecho que, por otra parte, resulta ostensible en el caso de León, donde la crisis de la extracción minera justifica a la postre un debilitamiento notable de su anterior preeminencia en el cómputo regional, al descender del 26 a poco más del 19 por 100.

En la acentuación de este desfase ejerce un papel importante el carácter selectivo y marcadamente polarizado que presentan la inversión y los movimientos de capitales como agentes básicos de diferenciación económica dentro de una misma unidad regional. Sorprende, en efecto, constatar la profunda dicotomía que se produce a este nivel: en la etapa comprendida entre 1966 y 1975, Valladolid y Burgos aparecen situadas entre las diez provincias españolas con mayor índice de inversión por puesto de trabajo, lo que las permite aglutinar más del 6 por 100 de toda la inversión industrial realizable en el país; por el contrario, en el escalón inferior de la serie se encuentran también cinco provincias castellanas (Ávila, Soria, Segovia, Palencia y Zamora) que, en conjunto, sólo son receptoras del 0,73 por 100 del volumen de financiación<sup>15</sup>.

Evidentemente, la supremacía industrial de Valladolid y Burgos aparece asociada a su condición de «polos» de desarrollo y a las ventajas de índole fiscal y crediticia, que ampararán en ambos la puesta en práctica de las iniciativas empresariales. En principio, los resultados no pueden calificarse de insatisfactorios: una vez finalizado su período de vigencia, se había llevado a cabo la instalación o ampliación de 254 empresas, que canalizan una inversión total de 33.375 millones de pesetas y un contingente de mano de obra superior a los 29.000 puestos de trabajo<sup>16</sup>. Por otro lado, es innegable la relevante posición adquirida por los «polos» castellanos dentro de las experiencias análogas llevadas a cabo en España, pues en realidad logran absorber casi la tercera parte de las empresas afectadas, el 32 por 100 de la inversión y más del 40 por 100 del empleo generado a escala nacional. Son indicadores expresivos que ponen de relieve la creación de una infraestructura industrial, capaz de estimular mecanismos nuevos sobre los que descansa un reforzamiento de su personalidad en el interior de la región e incluso dentro del país<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> F. MANERO MIGUEL: *Desequilibrios espaciales y carácter marginal del crecimiento económico en la región castellano-leonesa*. Rev. «Argumentos», octubre 1979, n.º 27, págs. 61-66. Cf. pág. 63.

<sup>14</sup> También se manifiesta en el valor de la potencia instalada por habitante, ya que Valladolid y Burgos son las únicas provincias castellano-leonesas donde, con 372 y 290 Kw/1.000 hab., respectivamente, se supera la media nacional. Vid. *Situación actual y perspectivas de desarrollo de la región Duero*. Madrid, Conf. Española de Cajas de Ahorros, 1975, tomo II, pág. 325.

<sup>15</sup> C. MUÑOZ CIDAD Y L. LAZARO: *El desarrollo desigual en España*. «Zona Abierta», n.º 6, 1976, págs. 15-36.

<sup>16</sup> Ministerio de Industria: *La industria española en 1976*. Madrid, 1977.

<sup>17</sup> F. MANERO: *Desequilibrios espaciales...*, pág. 64.

## CUADRO III

EVOLUCION DEL VALOR DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL EN CASTILLA LA VIEJA Y LEON (1960-1977)  
(en millones de pesetas constantes de 1960)

	1960		1969		1971		1973		1975		1977	
	Valor	%										
Avila .....	363	3,14	662	2,60	922	3,01	1.226	3,20	2.075	3,55	3.579	3,60
Burgos .....	1.637	14,16	4.460	17,96	5.501	17,96	6.621	17,32	10.284	17,61	17.406	17,50
León.....	3.043	26,31	5.209	20,42	6.022	19,67	7.284	19,03	11.179	19,15	18.974	19,08
Palencia.....	1.379	11,93	2.333	9,14	2.414	7,88	3.038	7,94	4.402	7,54	7.081	7,12
Salamanca.....	1.453	12,57	3.576	14,01	3.788	12,37	5.078	13,27	7.022	12,03	12.113	12,18
Segovia .....	525	4,54	1.218	4,77	1.499	4,90	1.698	4,44	2.847	4,88	4.802	4,83
Soria .....	373	3,23	818	3,20	992	3,24	1.264	3,30	2.065	3,54	3.315	3,33
Valladolid .....	1.776	15,36	5.838	22,90	7.808	25,50	9.901	25,88	15.359	26,30	26.997	27,14
Zamora .....	1.013	8,76	1.393	5,46	1.676	5,47	2.149	5,62	3.149	5,40	5.191	5,22
<b>TOTAL.....</b>	<b>11.562</b>	<b>100,00</b>	<b>25.507</b>	<b>100,00</b>	<b>30.622</b>	<b>100,00</b>	<b>38.259</b>	<b>100,00</b>	<b>58.382</b>	<b>100,00</b>	<b>99.458</b>	<b>100,00</b>

FUENTE: Renta Nacional de España. Banco de Bilbao. Elaboración propia.

De todos modos, la ampliación concreta de este tipo de experiencias ofrece rasgos específicos en cada caso. En Valladolid, la promoción industrial a través del polo se ha centrado preferentemente en la consolidación de sectores y empresas ya existentes, que han visto así facilitados con creces sus proyectos de expansión. Una expansión que, en esencia, ha estado protagonizada básicamente por el sector de transformación metálica, y más en concreto por sólo tres empresas de *automoción* (FASA, SAVA y Tecnauto), que en 1974 habían canalizado el 94,65 por 100 de las inversiones y las nueve décimas partes de los puestos de trabajo creados<sup>18</sup>. Todo ello contribuye a empalidecer la posición de las demás empresas, muchas de las cuales acaban adquiriendo un carácter comparativamente marginal, sin abandonar, pese a todo, un indudable predicamento en sus respectivas áreas de fabricación, donde resaltan como sociedades con elevado nivel tecnológico e indudable competitividad comercial. Con todo, no logran equipararse en sus magnitudes globales —especialmente en volumen de inversión y capacidad de empleo— con el sector del automóvil, identificado como la industria por antonomasia de Valladolid.

Y he aquí, por tanto, un elemento de originalidad espacial, por cuanto la industria vallisoletana ofrece un *elevado nivel de integración sectorial*, que se manifiesta a través de una organización jerarquizada de sus fabricaciones, en virtud de las relaciones existentes entre las grandes firmas y una cohorte de empresas de mediano y pequeño tamaño, ligadas a aquéllas por lazos de dependencia y subcontratación más o menos firmes. No cabe duda que éste es un buen argumento a la hora de explicar la fortuna del Polo vallisoletano y su excepcionalidad en el conjunto de los Polos españoles. De hecho, sólo en él se ha conseguido algo aparentemente singular: exceder los resultados con relación a las previsiones iniciales. Y así se constata que la inversión prevista (11.212 millones de pesetas) aparece sobrepasada, al concluir su período de vigencia, en un 68 por 100 (18.843), en tanto que las posibilidades estimadas de empleo registran un superávit próximo al 80 por 100 (19.858 frente a 19.527 puestos de trabajo efectivos)<sup>19</sup>.

Por su parte, el *Polo de Burgos* manifiesta una dinámica en cierto modo diferenciada. Su originalidad radica sobre todo en el hecho de haber dado origen a un espacio industrial de nuevo cuño, ocupado por empresas y sectores de reciente creación<sup>20</sup>. La solución de continuidad que encontramos en el caso de Valladolid aparece aquí diluida ante la preeminencia de nuevas factorías, que coexisten con algunas anteriores, aunque destacando con fuerza sobre éstas por su modernidad y alto nivel de racionalización. Y es que, en efecto, la nueva industria burgalesa se identifica con un tipo de empresa concreta, formada sobre todo por unidades de mediano tamaño, con un volumen de empleo rara vez superior a los 250 obreros y nunca por encima del millar. Es, al mismo tiempo, una industria evolucionada, muy diversa desde el punto de vista sectorial y orientada además hacia fabricaciones de alto valor añadido, que se obtienen, lógicamente, con un grado de productividad muy alto, poco exigente, pues, en fuerza de trabajo. Tales son, en suma, las características que definen a prácticamente todos los sectores y, desde luego, a la mayoría

<sup>18</sup> Ministerio de Planificación del Desarrollo: *Proyectos acogidos a los Programas de Desarrollo Regional*. Madrid, 1974, 99 págs. Cf. págs. 17 y ss.

<sup>19</sup> F. MANERO MIGUEL: *Valoración de las recientes alternativas para el desarrollo regional en España*. «Estudios Geográficos», mayo 1979, n.º 155, págs. 191-211. Cf. pág. 193. Sobre la dinámica de la industria vallisoletana son interesantes los datos recogidos en *Estructura y perspectivas de desarrollo económico de la provincia de Valladolid*. Consejo Económico Sindical Provincial, diciembre 1970. Cf. págs. 44-51. Recientemente son clarificadoras las observaciones subrayadas por J. GARCIA FERNANDEZ: *Desarrollo y a-tonía en Castilla*. Cf. págs. 38 y ss. (inédito).

<sup>20</sup> En efecto, más de las tres cuartas partes de las sociedades acogidas a los beneficios del Polo —exactamente 62 de 81— se instalan en Burgos a partir de 1964. Vid. A. VALVERDE ORTEGA: *El Polo de Desarrollo de Burgos. Una década de experiencia de promoción industrial, 1967-1977*. Burgos, Caja de Ahorros Municipal, 1979, 228 págs.

de las empresas acogidas a los beneficios del Polo, a tenor de la importancia de su capital social y a la cuantía de las inversiones llevadas a cabo desde los inicios de su instalación<sup>21</sup>. Sólo así se explica, por tanto, la indudable racionalidad con que aparece concebida desde el primer momento la nueva industria de Burgos, como una manifestación paradigmática de los criterios que en el mismo sentido animan a los principales centros de decisión, responsables directos de la fisonomía y dinámica que hoy definen a la estructura industrial de esta ciudad castellana. Una industria, finalmente, en la que se decanta con fuerza propia la personalidad de factorías vinculadas a la metalurgia de transformación, al sector químico y a la aglomeración de la madera, dependientes de iniciativas foráneas, bien madrileñas o, sobre todo, de origen multinacional. Son éstas, en realidad, las protagonistas del dinamismo fabril, máxime si se tiene en cuenta que, por ejemplo, casi la tercera parte de la inversión realizada corresponde a una sola empresa (Firestone Hispania), con cerca de 5.000 millones de pesetas. No es, sin embargo, un hecho excepcional: junto a ella, análogo papel ha de desempeñar el conjunto formado por las empresas de raíz extranjera que, si comprenden tan sólo el 30 por 100 de las sociedades, efectúan casi los dos tercios de la inversión, lo que les permite hacer suya la dinámica del Polo y canalizar hacia sí la mayor parte de las ayudas otorgadas en su promoción<sup>22</sup>.

De esta forma, aparecen bien perfilados los rasgos esenciales que individualizan al Polo burgalés, al que otorgan una clara especificidad. Pues, de hecho, la diversificación sectorial que le caracteriza, el escaso nivel de integración entre las distintas unidades productivas, y el neto predominio de empresas de tipo medio —la mayor parte de las cuales acometen su financiación más importante en los primeros años de su puesta en funcionamiento, con una cierta atonía inversora después— explican la relativa paradoja entre una dinámica industrial evidente y una experiencia que, en términos globales, culmina con un saldo insatisfactorio. A diferencia del Polo de Valladolid, el de Burgos aparece entre los más fallidos de España, como se deduce del apreciable desfase conseguido entre proyectos y realizaciones, pues si en la inversión se observa un desajuste negativo del 38,9 por 100 (23.790 millones previstos frente a 14.532 realizados), más sorprendente aún resulta en el caso del empleo, donde apenas se llega a la mitad (sólo 10.222 nuevos puestos de trabajo ante una estimación de 19.827)<sup>23</sup>.

Con todo, no es errado establecer ciertas similitudes entre los dos Polos castellanos, con el fin de obtener una valoración de su verdadera efectividad y significado geográfico. En resumen, puede decirse que uno y otro poseen rasgos comunes que los unifican: ambos traducen inequívocamente el indudable liderazgo de empresas concretas, de gran intensidad de capital, en la que se resume la dinámica financiera del Polo y sus eventuales oscilaciones coyunturales; por otra parte, en ellos la expansión de la industria presenta un carácter inducido, es decir, se realiza bajo los auspicios de empresas multinacionales y de los principales centros económicos del país, con una clara tendencia al aprovechamiento de los recursos de la región, así como de las ventajas locacionales y de la renta de situación que estos mismos introducen, y, finalmente, si a ello se añade la peculiaridad de un crecimiento basado prioritariamente en objetivos sectoriales, no será difícil comprender la tendencia hacia una localización preferente en núcleos urbanos aislados, que dotan a la

<sup>21</sup> Memoria del Consejo Superior del Ministerio de Industria, 1966, pág. 79.

<sup>22</sup> F. MANERO: *Desequilibrios espaciales...*, pág. 64.

<sup>23</sup> Ministerio de Industria: *La industria española en 1976*. Vid. también F. MANERO: *Valoración de las recientes alternativas...*, págs. 193-194.

actividad industrial de un *significado puntual*, con independencia de una adecuada articulación del espacio regional en este sentido.

De ahí, por tanto, la contradicción que se plantea a la larga entre una polarización excesiva del crecimiento industrial, regido por un sistema de relaciones interindustriales con otros espacios ajenos, y la ausencia o debilidad de flujos internos en el seno de la propia región, que permanece en buena parte al margen de la dinámica y del modelo de expansión registrados en los Polos. En otras palabras, todo ello ha traído consigo la progresiva acentuación de los desequilibrios espaciales, a medida que la propia actividad industrial acaba generando una concentración simultánea del valor de la producción, de la renta y de los efectivos demográficos, a costa de un deterioro de las áreas marginales e incluso de los propios ámbitos provinciales en los que estas experiencias se han llevado a cabo.

Así, pues, sin soslayar la indudable repercusión que los Polos han tenido en la transformación del panorama industrial castellano-leonés, no es menos cierto que, desde el punto de vista geográfico, su implantación ha venido acompañada de efectos múltiples, entre los cuales quizá el más relevante de todos sea la consolidación de profundos desequilibrios internos dentro de la región.

c) *La configuración de un espacio industrial desequilibrado.*—Evidentemente, la naturaleza y características de la estructura industrial lograda en los Polos de Valladolid y Burgos eclipsan por completo la imagen que en este sentido ofrece el resto de las provincias castellanas. El ritmo registrado por una y otra en el incremento del valor de la producción industrial no admite parangón dentro del espacio regional, de tal manera que, si se excluye su nivel de participación en el conjunto, el resultado global no difiere sustancialmente del ofrecido por la región en 1960: tanto entonces como quince años después, la actividad industrial sigue aportando poco más del 25 por 100 al producto interior de las provincias consideradas. Cabría pensar, a la luz de estas estimaciones, que poco ha variado en este campo y que todo se compendia estrictamente en la específica vitalidad de los Polos de Desarrollo.

Sin embargo, a través de un análisis más preciso y pormenorizado, resulta obvio el cambio que, pese a todo, ha experimentado la región en el período considerado. En realidad, la transformación, aunque lenta y limitada, se ha operado a dos niveles fundamentales. Por un lado, ha tenido lugar una especie de reordenación del lugar ocupado por las distintas unidades provinciales. A este respecto, llama la atención el importante declive registrado en los casos de León y Palencia, que en el decenio de los sesenta aparecen como las dos únicas provincias donde el valor relativo a la producción industrial sobrepasa ampliamente a las demás, con una participación superior al 37 por 100. Un síntoma claro del decisivo significado que en ambas posee en estos momentos el sector extractivo, sobre el que descansa preferentemente la mayor parte del peso de la producción y de su valor económico. La inclusión de este apartado dentro de la industria contribuye a distorsionar la fuerza real correspondiente a la actividad transformadora propiamente dicha; pero resulta al mismo tiempo clarificador de hasta qué punto se trata de un sector vulnerable, no exento de profundas situaciones críticas, cuya propia decadencia permitirá precisar a la postre la verdadera entidad que poseen en ambas la industria, al registrar años después índices no excesivamente diferenciados de las demás.

Por otro lado, vale la pena subrayar cómo, a nivel general, todas las provincias castellanas, salvo las ya mencionadas y Zamora, incrementan en mayor o menor medida la participación de los aportes industriales dentro de su producción total, coincidiendo con el deterioro paralelo del sector agrario. Es un hecho destacable que,

pese a sus limitaciones, pone de relieve la existencia de una cierta mutación en la estructura económica regional, que se manifiesta de forma relativamente generalizada. Puede decirse, por tanto, que la industria hace acto de presencia en toda la región o, por lo menos, su incidencia se traduce de forma explícita en la progresión de esta magnitud económica en cada una de las provincias a niveles inusuales hasta entonces.

De todos modos es preciso hacer hincapié en las indudables insuficiencias que presenta un crecimiento de la industria más aparente que real. Apariencia que, en principio, viene determinada por el saldo claramente desfavorable ofrecido por la serie de experiencias encaminadas en esta dirección. Partiendo del criterio hipotético de que la implantación de nuevas industrias ha de ir necesariamente asociada a la oferta de suelo industrial en condiciones propicias para la inversión privada, se acometen en nuestra región la puesta en práctica de medidas oficiales de muy diversa índole. En la mayor parte de los casos, se plasma a través del sistema de *polígonos industriales*, aplicados prácticamente a la totalidad de las capitales de provincia y a grandes municipios (entre ellos, Aranda de Duero, considerado a su vez como polígono de descongestión de Madrid, Miranda de Ebro, Medina del Campo y Ponferrada), con superficies muy variables y un excesivo grado de parcelación<sup>24</sup>. A ello habría que sumar, por otra parte, la adopción de medidas específicas, destinadas a estimular el crecimiento industrial en áreas muy concretas, como sucede, por ejemplo, con el Plan de Promoción Industrial de Salamanca, que cuenta con la intervención directa de la Diputación, o el Plan de Tierra de Campos, integrado dentro de las llamadas «zonas de preferente localización industrial». En suma, un ambicioso y complejo aparato administrativo, cuya trayectoria trata de identificarse con los mismos parámetros que inspiran la creación de los Polos de Desarrollo. Pues no en vano da la impresión de que todo descansa sobre el presupuesto teórico de que la industrialización castellana habría de venir propiciada por la existencia simultánea de medidas más o menos similares, espacialmente dispersas, como la mejor garantía para el logro de un desarrollo industrial coherente en toda la región.

Pero ya se ha visto cómo no fue así. Frente a la expansión alcanzada por los Polos, la mayor parte de los polígonos industriales adolecen de una profunda situación de atonía, manifiesta en su escasa capacidad para ejercer un adecuado atractivo a la iniciativa privada. Con grandes vacíos en su interior y un elevado índice de infrautilización son asiento preferente para talleres de reparación, grandes naves de almacenamiento o servicios en general, dotados en consecuencia de un reducidísimo contingente de mano de obra<sup>25</sup>. No han actuado, pues, como auténticos espacios industriales, sino como agentes de descongestión de determinadas actividades no manufactureras residentes hasta entonces en el interior de la ciudad. Cabe decir, en suma, que las plantas de transformación ubicadas en ellos constituyen en cierto modo un hecho excepcional, aunque no por ello dejan de estar presentes, dentro de la relativa uniformidad que las caracteriza<sup>26</sup>.

Y es que, efectivamente, en la mayor parte de los casos se trata de un tipo de empresa de muy débil entidad. Siguen predominando las reducidas unidades de

<sup>24</sup> Los detalles y características de la mayor parte de los polígonos industriales existentes en la región pueden verse en *Situación y perspectivas de la región Duero...*, t. II, págs. 416 y ss. Su valoración aparece recogida en J. GARCÍA FERNÁNDEZ: *Desarrollo y atonía en Castilla...*, págs. 22 y ss. (inéedito).

<sup>25</sup> Con relación al polígono industrial de Montalvo, en Salamanca, se afirma: «Este polígono, totalmente urbanizado, ha supuesto una enorme inversión, no estando en la actualidad suficientemente utilizado. La implantación industrial en el polígono es lenta, siendo la mayor parte de las empresas allí ubicadas de pequeñas dimensiones y con un elevado índice de espacio utilizado para almacenaje.» *Memoria del C.S.M.I.*, 1974, pág. 235.

<sup>26</sup> Sobre el fracaso del Plan de industrialización de Tierra de Campos, vid. F. MANERO: *Valoración de las alternativas recientes*, pág. 194.

fabricación, con un volumen de empleo que rara vez sobrepasa el centenar de trabajadores. Tan sólo el 15 por 100 de las empresas exceden de esta cifra en 1975, frente a un conjunto atomizado de pequeñas sociedades, cuya moda corresponde al umbral situado entre los 16 y los 50 obreros<sup>27</sup>. Partiendo de esta base inicial es posible valorar adecuadamente los rasgos principales que caracterizan a la evolución de la industria en el resto de la región durante la etapa coincidente con el período de vigencia de los Polos, lo que sin duda permite establecer comparaciones clarificadoras entre unas situaciones y otras.

Resulta significativo observar, en primer lugar, que la mayoría de las iniciativas o, al menos, las más importantes desde el punto de vista financiero, se orientan sobre todo a la ampliación de las instalaciones preexistentes, en contraste con la atonía que rige, en cambio, la puesta en práctica de nuevos proyectos, sometidos a frecuentes discontinuidades e incluso paralizaciones en su ejecución. Con ello se pone de relieve un hecho bien expresivo: la falta de alicientes que estas provincias ofrecen al despliegue de proyectos empresariales alóctonos, mucho más proclives en estos momentos al aprovechamiento de las indudables ventajas de aglomeración existentes en los Polos. De ahí que no sean excepcionales las frustraciones a que a menudo se ve expuesta la ocupación de numerosos polígonos industriales, ante el desinterés manifestado por los promotores de numerosas empresas que se van instalando en la región a lo largo del período. Todo ello tiende, por tanto, a prolongar los rasgos prototípicos de la industria tradicional, contraponiéndola a la nueva imagen sectorial y tecnológica que paralelamente van adquiriendo Valladolid o Burgos.

Una industria cuyos rasgos esenciales aparecen definidos con notoria precisión. Por un lado, prevalecen mayoritariamente las iniciativas locales, muchas veces sin alcanzar el rango de sociedades anónimas, basadas casi con exclusividad en aportes financieros obtenidos también de los órganos de crédito locales o regionales, con una escasísima participación de la inversión extranjera. Así se explica, por otro lado, la débil capitalización con que se acometen tanto las ampliaciones como las nuevas industrias instaladas<sup>28</sup>. En consecuencia, no es difícil entender su alto grado de atomización y, desde luego, su vinculación a los sectores más dispares, lo que posiblemente puede interpretarse como un intento de fortalecer una estructura industrial basada en la pervivencia de los sectores clásicos, los mejor arraigados en el pasado fabril de la región, sin llegar a modificar de hecho esa relación jerárquica que siempre ha caracterizado en este sentido a la industria castellano-leonesa<sup>29</sup>.

Ahora bien, todos estos caracteres son perfectamente compatibles con un *proceso simultáneo de modernización*, del que tampoco han permanecido ajenas las demás provincias castellanas. Una modernización cuyos síntomas son perceptibles en un progresivo cambio de la imagen convencional de muchos sectores, hasta el punto de permitir una cierta revitalización de la personalidad industrial de los espacios concretos en que se ubican. Señalemos, por ejemplo, el caso de la industria textil bejarana, que acomete un ambicioso programa de renovación tecnológica a partir

<sup>27</sup> Estadísticas de Producción Industrial. Servicio Sindical de Estadística, 1975.

<sup>28</sup> Son muy raros los proyectos que sobrepasan en estos años la cota de los 50 millones de pesetas. Es más, la relación de las iniciativas empresariales subraya reiteradamente el predominio de tímidas inversiones, evaluadas en unos pocos millones de pesetas, hasta el punto de que casi el 90 por 100 se sitúan siempre por debajo de los diez.

<sup>29</sup> La mayor parte de las inversiones se canalizan hacia tres sectores preferentes: el alimentario, el de materiales de construcción y el de carpintería de la madera, obviamente vinculados estos dos últimos a las necesidades derivadas del crecimiento urbano. Todos ellos absorben más de la mitad (57 por 100) del volumen de inversión industrial efectuado en las provincias castellanas, con excepción, por supuesto, de Valladolid y Burgos. Este tipo de datos, así como las valoraciones señaladas a continuación, proceden de los resúmenes mensuales recogidos en «Economía Industrial» y en los informes anuales de las Memorias del Consejo Superior del Ministerio de Industria, que han dejado de publicarse a partir de 1976.

de 1967; de la industria alimentaria de Palencia, Zamora, León o Salamanca, donde se detectan algunas de las operaciones inversoras más cuantiosas de todo el período; de la transformación de la madera en Soria o de la química leonesa. Junto a ellas es posible encontrar experiencias similares en todas las provincias, tanto en las ciudades como en las áreas rurales, lo que pone de manifiesto un encomiable esfuerzo encaminado hacia una mejora cualitativa de la producción, capaz de garantizar su competitividad dentro del mercado, sobre todo a medida que muchas de ellas comienzan a exceder los límites regionales para insertarse en un ámbito comercial mucho más amplio.

Mas no puede decirse que este proceso de perfeccionamiento haya contribuido al logro de una industrialización generalizada a escala regional. Varias razones lo ratifican: por un lado, el mantenimiento de un sector secundario a niveles muy bajos, inferior casi siempre al 20 por 100 (si hacemos caso omiso al grupo vinculado a la construcción), debido sin duda a la escasa capacidad de empleo generado por la mayor parte de estas iniciativas; por otro, el deterioro de la importancia relativa que estas provincias poseen dentro de la producción industrial regional, pues si en 1960 aglutinan casi las tres cuartas partes del total (70,49 por 100), quince años más tarde su participación se eleva a poco más de la mitad (56,09 por 100) y, finalmente, habría que señalar la propia fragilidad de una estructura industrial que, si incluye empresas sólidas y fuertes, no está exenta, sin embargo, de frecuentes suspensiones de pagos, de expedientes de crisis e incluso manifiesta la duración efímera de muchas nuevas instalaciones. Son aspectos a tener en cuenta, ya que confirman el carácter vulnerable de los presupuestos sobre los que se asientan, marcando las pautas de una trayectoria que con frecuencia es incierta e imprevisible en un contexto de crisis como el actual.

En resumen, todo parece indicar que la reciente transformación de la industria castellana ha cristalizado en el fortalecimiento de un dinamismo polarizado, al contraponer claramente la personalidad de los Polos, por un lado, y la del resto de la región, por otro. Una contraposición que se define tanto en términos espaciales como en la propia estructura y funcionamiento de la actividad transformadora. Y es que, en esencia, ambos aspectos van indisolublemente asociados, desde el momento en que la concentración geográfica de la industria y el aprovechamiento de las ventajas de situación que poseen los principales núcleos industriales de la región, obedecen a la progresiva inserción de Castilla la Vieja en una estrategia de industrialización básicamente dependiente, efectuada con prioridad a partir de iniciativas foráneas, que acaban imprimiendo un sesgo totalmente nuevo a la actividad industrial, con una neta y ostensible diferenciación de las iniciativas específicamente regionales.

De ahí que no sea ocioso subrayar una vez más que las grandes economías industriales de la región se han logrado precisamente allí donde han intervenido de forma directa este tipo de planteamientos exógenos, que pueden tener o no en cuenta los beneficios derivados de las subvenciones públicas, aunque en cualquier caso son fieles a un requisito esencial, es decir, a las ventajas derivadas de los fenómenos de aglomeración ya conseguidos o bien la proximidad a los grandes centros de consumo y de decisión financiera de los que dependen. En este contexto cabría explicar, por ejemplo, la lógica que rige la ubicación en Aranda de Duero de la factoría Michelin<sup>30</sup> y, sobre todo, la instalación a partir de 1977 de una nueva planta de Renault en las cercanías de Palencia, con una inversión inicial de 2.025 millones de pesetas y una previsión de empleo superior a los 3.000 puestos de trabajo. Ambas experiencias,

<sup>30</sup> Ver en este sentido, L. MATEOS MARTIN: *El plan de industrialización de la zona de Aranda de Duero*. Economía Industrial, 1966, n.º 33.

cuyo análisis permite precisar las líneas maestras que definen la localización de la gran industria en nuestra región, reafirman claramente los rasgos prototípicos de un espacio industrial profundamente desequilibrado. Un espacio que tiende a privilegiar un área central vertebrada en torno a los Polos, y especialmente a Valladolid, y una aureola periférica, notoriamente marginal en este proceso, cuya dinámica se basa en la simple evolución de unas empresas que, vinculadas en su mayoría a los sectores tradicionales y a las fuentes de financiación autóctonas, se orienta de forma aislada e inconexa hacia una racionalización de su actividad productiva, sin alcanzar, obviamente, los niveles de competitividad de aquéllas ni, por supuesto, su capacidad de resistencia frente a las situaciones recesivas.

Nos encontramos, pues, ante una estructura industrial definida por los fuertes antagonismos internos y los profundos contrastes espaciales a que ha dado lugar. No es posible asegurar hasta qué punto se trata de una situación consolidada o susceptible de modificación. Desde luego nos movemos en la incertidumbre a la hora de valorar la presunta efectividad que a medio o largo plazo puedan tener la serie de medidas recientemente arbitradas para la resolución de este problema. Medidas que responden a la nueva estrategia industrial de estímulo a la industrialización a través de la creación de la *Gran Área de Expansión Industrial* y de la *Sociedad de Desarrollo Regional de Castilla-León* (SODICAL), cuyos primeros pasos coinciden con el inicio de la década de los ochenta. La primera ha canalizado hasta ahora (finales de 1980) un total de 220 expedientes, que suponen una inversión de 9.746 millones de pesetas, con una capacidad de empleo de 2.438 trabajadores<sup>31</sup>. La segunda, cuya entrada en funcionamiento se prevé para mediados de 1981, cuenta en principio con un capital de 1.000 millones de pesetas, suscrito en un 51 por 100 por el Instituto Nacional de Industria, tradicionalmente reacio a acometer inversiones importantes en la región. En cualquier caso, estamos aún en el terreno de la mera expectativa, sin posibilidad de hacer estimaciones en ningún sentido. A lo sumo, cabe especular, extrapolando las ideas, con la insuficiencia y difícil viabilidad que experiencias similares, aplicadas siempre a espacios deprimidos, han tenido en otras regiones españolas<sup>32</sup>.

Con independencia de estos hechos, lo cierto es que en los momentos actuales la industria castellano-leonesa se inscribe plenamente dentro de unos nuevos parámetros, definidos por toda la serie de transformaciones económicas y espaciales desencadenadas en poco más de una década. Su significado las hace extensivas, al mismo tiempo, a otros aspectos relacionados con la configuración del espacio regional y, especialmente, con la mutación que han experimentado las propias formas de vida de la población. Por todo ello, creo posible establecer una cierta correlación, necesariamente matizada, entre las distintas modalidades del crecimiento industrial y las diferencias observadas en el proceso de urbanización.

## 2. *Las limitaciones y el significado del proceso de urbanización actual*

Es indudable que la expansión de las ciudades castellanas coincide en el tiempo con el vasto e intenso proceso de urbanización que ha tenido lugar en nuestro país a lo largo de las dos últimas décadas. Un período breve, que necesariamente va asociado a una transformación profunda y rápida de la fisonomía de las ciudades

<sup>31</sup> «El Norte de Castilla» de 15 de noviembre de 1980, pág. 5.

<sup>32</sup> F. MANERO: *Valoración de las recientes alternativas...*, págs. 201 y ss.

españolas, hasta el extremo de provocar una clara ruptura con la organización del espacio urbano tradicional. En este contexto, la evolución de los núcleos castellanos no constituye, en principio, ningún fenómeno excepcional: traduce con evidente fidelidad los rasgos esenciales de una dinámica generalizada, que cristaliza a la postre en una nueva configuración de la realidad urbana, consecuente a un intensivo crecimiento demográfico y a un fortalecimiento y diversificación de sus funciones específicas.

Mas no por ello deja de tener interés el estudio del impacto que este proceso ha tenido en el ámbito concreto de la región. Un interés que, a mi juicio, responde a dos aspectos esenciales. En primer lugar, a las insuficiencias manifestadas por una dinámica que sitúa el nivel de urbanización por debajo de la media nacional. Pues tomando como base de referencia los núcleos con más de 20.000 habitantes, los únicos que en puridad pueden definirse como urbanos, se observa que la población residente en ellos ha experimentado entre 1960 y 1975 un tímido crecimiento, que eleva su nivel de participación dentro de los efectivos regionales del 22,6 al 39,5 por 100, frente a unas tasas globales que en el conjunto español se aproximan, en cambio, al 60 por 100.

De ahí se infiere un segundo rasgo, basado en la innegable importancia que aún poseen dentro de la región las ciudades de mediano y pequeño tamaño, bien identificadas con el arquetipo de las capitales de provincia tradicionales, a las que se suman algunos municipios de cierta entidad, como Ponferrada, Miranda de Ebro o Aranda de Duero. Más aún, la excepción de Valladolid no invalida en absoluto que la vida urbana continúe asociada en la mayor parte de ellas a pautas de comportamiento y convivencia que, cualitativamente, no discrepan en demasía de las existentes en épocas anteriores.

Ahora bien, al mismo tiempo debe hacerse hincapié en otro aspecto, aparentemente paradójico con cuanto se ha dicho. Pese a las limitaciones observadas en el proceso de urbanización, no es menos cierto que tanto en términos absolutos como relativos el impulso de nuestras ciudades ha sido importante. Pues, en efecto, el bajo nivel de que se partía a comienzos de los años sesenta hace que las cifras actuales mantengan en cierto modo la debilidad anterior, sin que de hecho ésta resulte contradictoria con el alza nada desdeñable que ha experimentado durante este período la población ocupante de los núcleos urbanos. Así, un total de 357.650 personas han fijado en las ciudades su nuevo lugar de residencia, lo que supone un incremento del 55,35 por 100, estableciendo una clara dicotomía con la dinámica regresiva de una región que en el mismo tiempo ha perdido casi el 11 por 100 de sus efectivos poblacionales. Dicho de otro modo, se perfila una evolución disimétrica, antagónica, que contrapone la expansión de las ciudades a la pérdida de vitalidad demográfica de sus áreas rurales, por lo que no resulta aventurado afirmar que, aun estando afectada Castilla la Vieja-León por un proceso de urbanización insuficiente y limitado, encuentra precisamente en las ciudades sus espacios más dinámicos, es decir, aquellos que constituyen las únicas áreas de auténtica progresión demográfica, con manifestaciones que se cuentan entre las más sobresalientes del país. Una progresión que no excluye, sin embargo, la existencia de matices internos, en virtud de la desigual incidencia derivada de los factores que han propiciado este crecimiento.

a) *Una expansión urbana con marcados contrastes internos.*—Los mecanismos que estimulan y favorecen el proceso de urbanización han operado de forma selectiva y puntual en la región castellano-leonesa, pues no en vano se percibe una dialéctica entre la dinámica registrada por la actividad industrial y la propia dimensión cuantitativa del fenómeno urbano. De ahí que éste acuse con mayor o menor nitidez

la serie de variantes y facetas que hemos observado al analizar las principales características de la reciente industrialización. Más aún, tampoco sorprenden las dicotomías observadas en el ritmo de crecimiento, al diferenciar la hipertrofia acelerada de unas ciudades, la lentitud en la evolución de otras e incluso las situaciones de estancamiento. En suma, toda una tipología de escalas y situaciones que no cabe interpretar sino en función de los diversos agentes económicos que han intervenido en cada caso, y cuyo desigual dinamismo se encuentra en la base de la actual diferenciación que hoy presenta el espacio urbano en Castilla la Vieja. Por eso, no deja de ser interesante el establecimiento de una cierta jerarquía que, sin alterar la homogeneidad que, pese a todo, caracteriza a nuestras ciudades, permite contemplar los principales factores que han contribuido a diseñar la personalidad de cada una de las entidades urbanas actuales.

**CUADRO IV**  
**CRECIMIENTO DE LA POBLACION URBANA EN CASTILLA LA VIEJA**  
**Y LEON (1960-1975)**

	1960	1970	1975	1960-1975 (%)	Capitales en el conjunto provincial		
					1960 (%)	1970 (%)	1975 (%)
Valladolid .....	151.807	236.341	287.230	89,20	41,80	57,28	63,73
Aranda .....	13.454	18.369	22.133	64,50	—	—	—
Burgos .....	82.177	119.915	134.682	63,89	21,58	33,48	38,55
León .....	73.483	105.235	115.176	56,73	12,56	19,17	21,87
Salamanca .....	90.498	125.220	133.288	47,28	22,30	33,70	38,09
Soria .....	19.301	25.030	28.308	46,66	13,12	21,77	27,24
Segovia .....	33.360	41.880	47.701	42,98	17,05	25,72	31,46
Ponferrada .....	37.053	45.257	49.915	34,71	—	—	—
Palencia .....	48.216	58.370	63.557	31,81	20,78	29,36	34,04
Avila .....	26.807	30.983	34.263	27,81	11,24	15,20	18,25
Miranda .....	27.881	33.905	35.354	26,80	—	—	—
Zamora .....	42.060	49.029	52.180	24,06	13,96	19,46	22,60
<b>TOTAL .....</b>	<b>646.097</b>	<b>889.534</b>	<b>1.003.747</b>	<b>55,35</b>	<b>19,93</b>	<b>30,19</b>	<b>35,33</b>

FUENTES: Censos de la Población de España y Padrón Municipal de Habitantes.

En primer lugar, es expresivo ver cómo los mayores porcentajes de crecimiento se registran precisamente en los tres núcleos *con mayor dinamismo industrial*. Valladolid, Burgos y Aranda de Duero son, en efecto, las ciudades que alcanzan un incremento demográfico superior al 60 por 100, situándose en una posición de neta excepcionalidad dentro del conjunto regional. Fenómeno que se reafirma en el caso concreto de Valladolid, cuya población ha aumentado en cerca del 90 por 100, con un saldo positivo de 135.423 personas, lo que le permite ocupar el noveno lugar dentro de las ciudades españolas y aparecer al mismo tiempo como uno de los entes

urbanos con un grado de expansión más intenso. Así se explica, por tanto, la potencia adquirida por esta ciudad no sólo dentro de su provincia, al concentrar —hecho insólito en Castilla la Vieja— el 63 por 100 de todo su potencial humano, sino incluso en el seno de la propia región, por cuanto representa el 28,6 por 100 de su población urbana y casi la tercera parte de la que habita en las capitales provinciales. En otras palabras, en un período muy breve, Valladolid ha logrado configurarse como la entidad urbana más relevante y significativa de la región, dotada a la vez de un gran dinamismo interno y externo, y de un nivel de complejidad morfológica que llega a ensombrecer a los demás núcleos urbanos.

En un escalón inferior se encuentran Burgos y Aranda, cuya vitalidad depende inicialmente también del poder de atracción migratoria ejercido por la industrialización reciente. Es el fundamento que permite entender el hecho de que la primera acabara convirtiéndose en la segunda ciudad de Castilla, relevando en este lugar la posición que anteriormente ocupaba Salamanca. Con una tasa de aumento próxima al 64 por 100, no ha cesado de reafirmar su capacidad de concentración demográfica a escala provincial (38,55 por 100, en 1975, frente al 21,58, en 1960), sin lograr, empero, el poder aglutinante que en este sentido desempeña Valladolid. La razón estriba en el efecto compensador que paralelamente han ejercido otros centros industriales burgaleses y, en especial, Aranda de Duero, que a lo largo de los años setenta consigue alcanzar una verdadera entidad urbana, superando ya la cota de los 20.000 habitantes, como resultado de una dinámica propia que eleva su censo en una proporción superior incluso a la de Burgos.

Ahora bien, la actividad industrial no siempre se identifica con una dinámica urbana de carácter expansivo. La evolución desigual o divergente que, como hemos visto, caracteriza a la trayectoria de la industria dentro de la región, constituye la mejor justificación a la hora de interpretar la imagen contrapuesta ofrecida por otros núcleos que, sin corresponder todos ellos plenamente a la categoría de urbanos, se ven sumidos en una clara situación de crisis, sobre todo cuando no intervienen otros mecanismos favorecedores de una urbanización más intensa. Y esto es, por tanto, lo que sucede en el caso de determinados *enclaves industriales*, insertos dentro de ese conjunto espacial caracterizado por un proceso de industrialización que he denominado marginal. Entre ellos, se cuentan municipios como Ponferrada, Miranda de Ebro o Medina del Campo, cuya evolución demográfica, aunque arroja un saldo positivo, no les permite equipararse a los anteriores, pues, salvo en el primer caso, los umbrales de crecimiento se sitúan siempre por debajo del 30 por 100. Con todo, ofrecen una realidad más optimista y alentadora que la de otros núcleos, víctimas de una profunda atonía demográfica, como sucede en Béjar (4,71 por 100) o en los centros mineros de la montaña palentino-leonesa, bien representados en sus dos puntos más importantes, es decir, Guardo (13,58 por 100) y Villablino (—10,8 por 100).

De este modo, puede admitirse que los efectos diferenciales derivados del hecho industrial tienen una incidencia paralela, de uno u otro signo, en el estímulo del crecimiento demográfico y, consecuentemente, en el proceso de expansión urbana. Pero en realidad no son los únicos. A la vez han operado en la región otra serie de factores que, sin estar necesariamente ligados a los impulsos de la actividad manufacturera, propician una evolución en análogo sentido. A ellos conviene recurrir cuando se trata de encontrar un fundamento convincente que explique la propia dinámica de las *capitales de provincia*, las cuales deben ser consideradas como la manifestación más clara y específica del fenómeno urbano regional. Si excluimos a Valladolid y Burgos, resulta significativo comprobar que las otras siete capitales registran en la

etapa estudiada un incremento medio de sus efectivos superior al 40 por 100 (42,17 por 100). Es decir, consideradas globalmente, ocupan una posición intermedia entre la vitalidad de los principales núcleos fabriles y la moderación que, en cambio, reviste el crecimiento en los centros vinculados preferentemente a una industria tradicional.

Una posición, en cualquier caso, determinada por un factor que en ellas actúa decisivamente: *el reforzamiento de las funciones de centralidad* dentro de su propia provincia, que no se corresponde necesariamente con un desarrollo económico paralelo. Y así, coincidiendo con la crisis de la vida rural y con la pérdida de protagonismo sufrida por las entidades comarcales, aparece, en su defecto, sensiblemente fortalecida la capacidad que la capital administrativa puede ejercer no sólo como centro de servicios, sino, al mismo tiempo, como área de residencia eventual o permanente de la población de origen campesino. Todo un cúmulo de ventajas parecen conjugarse para favorecer este proceso. Ventajas motivadas, unas veces, por la mejora en la calidad de vida que teóricamente es susceptible de proporcionar la ciudad y que, de hecho, pueden compatibilizarse con el ejercicio simultáneo de la actividad agraria, en virtud de las posibilidades abiertas por la generalización del transporte individual; ventajas que, otras veces, van asociadas al aliciente de la inversión en vivienda o a la disponibilidad de servicios múltiples, que permiten superar las insuficiencias que en este sentido presenta el medio rural, y ventajas, en fin, que pueden estar asimismo relacionadas con las mayores opciones de empleo, de diversificación del trabajo e incluso de promoción social que es capaz de ofrecer más fácilmente el propio ámbito urbano.

Esta nueva imagen que progresivamente va adquiriendo la ciudad aparece bien plasmada en el caso concreto de las ciudades castellanas escasamente industrializadas, pues sólo a ella cabe atribuir en buena parte la superación de su crónica atonía demográfica y el hecho de que se configuren como los centros más dinámicos de sus provincias respectivas. Bien es cierto que el dinamismo no se manifiesta en todas las ciudades por igual. Adquiere su manifestación más destacada en León y Salamanca, con un impulso demográfico próximo al 50 por 100, capaz incluso de imprimir una aceleración sorprendente en los municipios próximos<sup>33</sup>. Mas tampoco carece de expresividad la tendencia observada en ciudades pequeñas como Soria o Segovia, ambas por encima del 43 por 100, lo que las permite establecer un cierto desfase con la mayor lentitud observada, por el contrario, en Palencia, Avila o Zamora, que se muestran, al menos hasta 1975, como los núcleos urbanos menos progresivos, sin alcanzar en ninguno de ellos un incremento superior a la tercera parte del contingente humano que poseían en 1960<sup>34</sup>.

Sin embargo, estos cálculos poseen un valor que ha de ser necesariamente matizado. Las variaciones cuantitativas de la población, al operar con niveles de partida muy bajos, distorsionan a menudo la dimensión real de un fenómeno que no reviste excesivas diferencias cuando se contempla geográficamente y de forma global. En realidad, todas las ciudades, sin excepción, se han visto afectadas por una transformación espacial análoga, dentro de los lógicos e inevitables contrastes de escala derivados de su desigual potencial demográfico y económico.

b) *Una cierta homogeneidad en el proceso de transformación de las ciudades castellano-leonesas.*—Es preciso subrayar que el conocimiento de la realidad urbana

<sup>33</sup> Sobre el impacto ejercido por la ciudad de León, vid. L. LOPEZ TRIGAL: *La red urbana de León. Análisis de geografía regional*, León, publicaciones del Colegio Universitario, 1979, 341 págs.

<sup>34</sup> La atonía del crecimiento palentino puede quedar pronto neutralizada merced a los efectos derivados de la instalación en esta ciudad de la nueva factoría de FASA-Renault. Aun concebida con un volumen de empleo limitado a 3.000 puestos de trabajo, cabe pensar que a corto plazo su dinámica demográfica acusará la incidencia de un modelo de industrialización que, a menor escala, trata de aplicar parámetros similares a los existentes en Valladolid.

de Castilla la Vieja-León puede ser abordado también desde una óptica cualitativa. Conviene hacerlo así en la medida en que la fisonomía que hoy ofrecen nuestras ciudades no proviene tan sólo de un simple aumento de tamaño o de espacio construido. Aunque la superficie ocupada no ha cesado de crecer a lo largo de los años setenta, no es menos evidente que muchas veces resulta difícil establecer una estricta relación de correspondencia entre la dimensión alcanzada por el perímetro urbano y el crecimiento efectivo y real de la población, sin duda insuficiente en muchos casos para explicar una expansión de tal envergadura. Se suscita así una paradoja y un fenómeno aparentemente anómalo, que sólo puede ser entendido en función de los dos aspectos fundamentales que, a mi juicio, mejor contribuyen a esclarecer la verdadera naturaleza del proceso de urbanización actual y a cimentar, al mismo tiempo, las bases de su relativa homogeneidad interna. Me refiero concretamente a las modificaciones ocurridas en la estructura profesional de la población y, a través de ella, a la nueva configuración del espacio urbano.

No resulta fácil elaborar estimaciones correctas y definitivas sobre la composición de la población activa tomando como base las deducciones del Padrón Municipal de Habitantes. La ambigüedad de algunas categorías y la ausencia de una delimitación precisa desde el punto de vista sectorial impiden decantar con rigor un hecho tan complejo y de tan problemática sistematización como es la estructura socio-laboral de un heterogéneo colectivo urbano. Con todo, estos datos sí nos permiten intentar una cierta aproximación al conocimiento de la personalidad que a este respecto ofrecen las ciudades castellanias, como una prueba más de esa coherencia que es posible detectar entre todas ellas, y a la vez como soporte de los mecanismos, sociales y económicos, que propician un cambio en la organización de la ciudad y de sus diversos componentes.

En principio, las ciudades de Castilla-León aparecen hoy definidas como un área de residencia prioritaria de trabajadores industriales y de personas vinculadas a los servicios. Unos y otros componen cerca del 90 por 100 de los activos, eclipsando por completo el lugar ocupado por la población agraria, situada en un inexpresivo 2,3 por 100. Se ha producido, por tanto, una decantación de la fuerza productiva, polarizada hacia las actividades específicamente urbanas, con un marcado protagonismo de los trabajadores por cuenta ajena o población laboral dependiente.

De todas formas, una valoración detallada de la población activa arroja conclusiones mucho más clarificadoras. En primer lugar, es evidente la hipertrofia que alcanzan los datos referidos al sector industrial, que para el conjunto de las capitales alcanza un índice del 46,3 por 100. Se trata de un cálculo excesivo, que no se corresponde con la importancia real que adquiere la industria en la mayoría de las ciudades. Cabe inferir, por tanto, que dentro de ese grupo se engloban activos que no pertenecen a la actividad industrial propiamente dicha, al menos en los términos en que ésta debe ser planteada. Y esto es lo que sucede, por ejemplo, con el sector de la construcción, en el que no es aventurado encuadrar a la mayor parte de los «obreros sin especialización» que recoge la fuente y que representan por término medio una cifra próxima al 6 por 100. Lo mismo cabría afirmar de una porción englobada dentro de la categoría de los «obreros especializados y calificados no agrarios», cuya adscripción plena a la industria no parece factible, teniendo en cuenta que sobrepasan con creces la población ocupada en las empresas transformadoras, por lo que no es impropio colegir que muchos de ellos o bien pertenecen a una actividad semi-artesanal, que aún pervive en las ciudades, o bien canalizan sus esfuerzos hacia tareas

---

<sup>35</sup> Banco de Bilbao: *Renta Nacional y su distribución provincial*.

más propiamente relacionadas con los servicios. Son aspectos que, en definitiva, han de ser tenidos en cuenta a la hora de delimitar la auténtica entidad del llamado sector secundario, que en muchas ciudades debe situarse siempre por debajo del 40 por 100. Un cálculo que, por otra parte, nos permite precisar la individualidad que en este sentido poseen Valladolid y Burgos que, al exceder claramente esta media general, se configuran como los únicos núcleos donde la población industrial adquiere un verdadero peso específico.

En cambio, la información estadística ofrece mayor fiabilidad al contabilizar la importancia desempeñada por los *servicios*. Un sector cuyo innegable relieve viene ratificado desde diversas perspectivas. Por un lado, es expresivo apreciar el notorio protagonismo alcanzado por las funciones terciarias dentro de la región, como se deduce del hecho de que durante la etapa considerada no han dejado de consolidar su posición en la estructura económica regional. Si en 1960 aportaban más de la tercera parte (37,17 por 100) del valor de la producción interior, quince años después su contribución se eleva a casi la mitad (46,90 por 100), hasta establecer un ostensible distanciamiento con la menor progresión de la industria (de 26,12 a 30,83 por 100) y, por supuesto, con la tónica profundamente recesiva del sector agrario (de 36,71 a 22,26 por 100)<sup>35</sup>.

Obviamente, este proceso no es ajeno al fortalecimiento que de modo simultáneo han experimentado las principales ciudades de la región, ya que la importancia que ofrecen hoy los servicios va inevitablemente asociada a la revitalización de los núcleos urbanos, cuya dinámica económica y capacidad demográfica les permite simbolizar las tendencias o fluctuaciones observadas a escala regional. De ahí que no sea difícil apuntar la existencia de una similitud entre la evolución creciente de esta variable y su manifestación paralela en la hipertrofia de un importante sector de la población urbana dedicado a actividades directamente relacionadas con los múltiples servicios que requiere una comunidad cada vez más compleja, numerosa y con mayor capacidad económica.

Y es así cómo, en efecto, puede concebirse que en muchas ciudades casi el 50 por 100 de la población activa aparezca proyectada hacia las funciones terciarias, con ejemplos verdaderamente paradigmáticos como son los de Salamanca, Avila, Zamora o León, donde este grupo laboral excede incluso este nivel. Aunque ligeramente por debajo, tampoco las demás dejan de presentar caracteres similares. En todas ellas, con la ligera salvedad una vez más de Valladolid y Burgos, la proporción del terciario es predominante, lo que sin duda marca la tónica de una estructura social y de una vida urbana estrechamente vinculada a un acelerado proceso de *terciarización*, con un reflejo directo de la progresiva diversificación del complejo de actividades propias de una ciudad moderna.

Se desarrolla, en otras palabras, una especie de dialéctica acumulativa, en virtud de la cual unas funciones se yuxtaponen a otras, al exigirse mutuamente, sobre todo a medida que los entes urbanos robustecen su posición de centralidad en sus respectivos ámbitos provinciales. Así se explica, pues, que las capitales no se limiten tan sólo a desempeñar, aun reforzándola, su pristina condición de centros administrativo-burocráticos, sino que al mismo tiempo tenga lugar un perfeccionamiento cuantitativo y cualitativo de otras funciones que acaban convirtiéndose en básicas e imprescindibles dentro de la actual fisiología urbana. Entre ellas, vale subrayar el lugar relevante que corresponde a la función comercial, a la financiera, a la educativa-cultural y las conectadas con las diversas manifestaciones del ocio. Se construye de este modo un entramado coherente, dotado de una perfecta imbricación interna, que se amplía y enriquece al compás del reciente dinamismo demográfico, y

cuya impronta — se acusa de forma inequívoca, como vimos, en la estructura de la fuerza de trabajo.

Por tanto, todo parece indicar que en su mayor parte las ciudades castellanas constituyen núcleos ocupados preferentemente por una población que se integra dentro de la categoría genérica formada por las clases medias y la pequeña burguesía urbana. Esto es, por un colectivo social compuesto en una proporción importante por los empleados del comercio, del transporte y de la Banca, por técnicos especializados, por profesionales libres y por funcionarios de la Administración pública. Junto a ellos, no es inapreciable la parte correspondiente a los *inactivos*, pues llama la atención el hecho de que la tasa de actividad alcance en 1975 una media de 33,8 por 100 —37,4 para la población española—, solamente superada por Burgos, que en cierto modo representa una excepción, frente a ciudades como Avila, León o Salamanca, que escasamente rozan el 31 por 100. De estos datos se coligen algunos aspectos interesantes. Con independencia de la parte que afecta a la población infantil, juvenil o anciana, y que permanece ajena por razones de edad al mercado de trabajo, es obvio que en la dimensión adquirida por este grupo resalta, por un lado, el carácter marginal que aún posee la mujer dentro de la actividad productiva y, por otro, la existencia, empíricamente probada, de un sector social formado por rentistas de origen rural, que han establecido en las ciudades su lugar de residencia permanente.

En suma, una estructura social homogénea y coincidente en todas las ciudades de la región que, por lo demás, resulta perfectamente compatible con la entidad que en algunas de ellas ofrece la población industrial. En este sentido, justo es señalar la originalidad que, dentro de este contexto general, presentan los principales núcleos fabriles, donde el proceso de terciarización, pese a las insuficiencias y limitaciones que todavía posee, aparece revitalizado por las propias necesidades derivadas de una demanda más amplia y posiblemente también más diversificada. En cualquier caso, tanto el incremento demográfico como, sobre todo, la renovación en la estructura socio-laboral configuran, en esencia, los pilares sobre los que descansa una progresiva y gradual modificación del espacio urbano castellano-leonés.

A pesar de las diferencias de escala existentes entre unas ciudades y otras, es posible llevar a cabo una estimación global acerca de las líneas maestras, que regulan las tendencias principales del crecimiento urbano contemporáneo. Un crecimiento reciente y acelerado que, en principio, se identifica con toda la serie de transformaciones económicas, sociales y funcionales desarrolladas en la región a partir de los años sesenta. Desde entonces, con distintas pulsaciones y ritmos, comienza la delineación de una nueva morfología urbana, que reposa sobre un legado histórico, caracterizado por una configuración relativamente simple del plano.

Un hecho lógico, por otra parte, si se tiene en cuenta la lentitud del crecimiento anterior, que limita el escenario de la ciudad al espacio ocupado por la primitiva ciudad histórica, a la que se suman los arrabales tradicionales, los barrios que surgen al amparo del trazado ferroviario, los grupos de casas baratas y, finalmente, los llamados núcleos de extrarradio, que comienzan a ver la luz de forma esporádica y ocasional ya desde finales del siglo pasado y primer tercio del actual<sup>36</sup>. Se perfila así una imagen dual y antagónica de las ciudades, que enfrenta el casco histórico a una orla periférica, discontinua, localizada en espacios marginales y dotada al mismo tiempo de una bien definida homogeneidad social, de base proletaria. Sobre ella se

<sup>36</sup> Ver, en este sentido, N. GONZALEZ: *Burgos, la ciudad marginal de Castilla*. Burgos, 1958, 259 págs. Con relación a Valladolid merece especial mención el trabajo de J. GARCIA FERNANDEZ: *Crecimiento y estructura urbana de Valladolid*. Barcelona, «Los Libros de la Frontera», 1974, 142 págs.

centrará esencialmente la presión demográfica, bien como consecuencia de la reactivación que experimentan los desplazamientos migratorios hacia las capitales después de la guerra civil, o bien en virtud del deterioro sufrido por la ciudad tradicional, que impulsa a ocupar estas áreas segregadas, donde es posible disponer de un suelo barato y de una vivienda individual. Todo ello define los caracteres de una dinámica regida de forma prioritaria por la potenciación de un área suburbana, con unas direcciones preferenciales en cada caso, pero siempre caracterizada por el predominio de las construcciones espontáneas, en coexistencia con grupos de viviendas construidas bajo la protección oficial, y al margen por completo de las directrices establecidas por los Planes de Ordenación, que sucesivamente se elaboran en todas las ciudades, aunque con muy escasa operatividad real. En suma, pues, el crecimiento actual descansa sobre una estructura incoherente, en la que resalta, por una parte, la dimensión adquirida por la orla suburbial, cuya superficie logra exceder en ocasiones a la ocupada por el centro y, por otra, la configuración de un plano discontinuo, con grandes alveolos y vacíos internos, que establecen una nítida, y a veces prolongada, solución de continuidad entre los dos sectores básicos en que se organiza el poblamiento urbano. Lo cual no obsta, sin embargo, para que en estos momentos comiencen a perfilarse ya los principales ejes sobre los que se vertebra el proceso de expansión ulterior.

Una expansión que inicialmente va asociada a un estímulo inusitado de la actividad constructiva, a lo largo de los dos últimos decenios. Las modificaciones ocurridas en la composición socio-laboral imponen un ritmo acelerado a la creación de nuevas viviendas, con el fin de resolver la demanda cualitativa que exigen los activos vinculados a los servicios y, por lo que respecta a las ciudades industriales, obviar también las necesidades que en este sentido plantea el incremento numérico de la población trabajadora. En cualquier caso, es evidente que la demanda potencial acaba sobrepasando incluso el crecimiento mismo de la población, al propiciar los desplazamientos intraurbanos y los cambios de residencia, en un intento por adecuar las exigencias de cada grupo social a las diversas opciones que plantea una oferta residencial más heterogénea y amplia que en la etapa precedente. Aspecto que, unido a una decantación más precisa de la función ejercida por los distintos sectores que la integran, trae consigo una alteración sensible del plano que, sin romper con la dicotomía anterior, logra adquirir una estructura más articulada e interdependiente.

Es así como cabe interpretar la nueva morfología del *centro histórico*, que conserva inalterable su condición de núcleo fundamental de la vida urbana. Como tal, se identifica con el área donde los servicios ofrecen su plasmación más cualificada, perceptible además en la renovación de los equipamientos comerciales y en el perfeccionamiento de toda la infraestructura terciaria, al servicio de una comunidad ciudadana, que encuentra en él su espacio de utilización más frecuente. Pero el centro no ha perdido en ningún caso su carácter residencial. Lo mantiene dentro de un nivel de ocupación con densidades normalmente mucho más bajas que en el resto de la ciudad, debido en parte a la escasa altura de las edificaciones y también al hecho de encontrarse sometido a una fuerte dualidad interna, que contrapone la degradación de unos sectores a la acusada revalorización de otros. Y así no es difícil observar que frente a espacios afectados por el más completo abandono y degradación, surgen otros sometidos a un profundo cambio, en virtud de su mayor estima social y de la fuerte presión especulativa que sobre ellos se ejerce, lo que propicia un intenso proceso de remodelado y sustitución del viejo caserío, con la consiguiente desnaturalización de su armonía arquitectónica, sólo conservada en aquellas ciudades (Avila o Segovia) con un patrimonio histórico mejor salvaguardado. Una transformación del

centro que, sin embargo, ofrece matices singulares en el caso de León, donde se asiste más bien a un deterioro uniforme y total de la vieja ciudad histórica, a expensas de una mayor cualificación del ensanche que, aun proyectado a finales del siglo pasado, no ha cubierto plenamente sus objetivos hasta una época bien reciente, a medida que se aplicaban a él con exclusividad las mismas pautas de renovación funcional y residencial que en el resto de las ciudades permanecían circunscritas, en cambio, al recinto histórico propiamente dicho.

El vaciamiento parcial del centro ha hecho posible una prolongación espacial de sus caracteres prototípicos más allá de sus límites convencionales. Siguiendo las líneas de crecimiento esbozadas en la etapa anterior, se asiste a una intensa dinámica edificatoria, que tiende a aprovechar los grandes alveolos existentes entre la ciudad histórica y la franja suburbana. Las discontinuidades anteriores se reducen al compás de la colmatación y relleno de estos espacios intersticiales, ocupados hasta hace poco por huertas, por reductos conventuales o militares abandonados o por pequeños arrabales preexistentes, inevitablemente sometidos sin excepción a un profundo remodelado. Hoy constituye, sin duda, el sector más renovado de la ciudad y el que normalmente se asocia a la creación de una imagen moderna de la misma. No en vano aparece como un área residencial avalorada, apetecida socialmente por su proximidad al centro, y escenario predilecto para la instalación de la nueva burguesía urbana, la cual encuentra acomodo satisfactorio en un espacio que no tarda en ser dotado de una infraestructura de servicios de calidad, sin que de hecho esto llegue a neutralizar los estrechos lazos que en este aspecto le siguen conectando con el centro. Por lo demás, su incidencia espacial es evidente: permite sentar las bases para una progresiva *compactación del plano*, que logra así una continuidad casi perfecta, acompañada de la masificación e incremento de las densidades, con umbrales ya superiores a los alcanzados en la ciudad histórica. Más aún, configura el eslabón que une a ésta con la orla suburbial, cuya morfología altera los rasgos específicos del centro y de su área de prolongación más inmediata.

Y es que, en efecto, si el espacio urbano de las ciudades castellanas presenta notables afinidades en la organización de los sectores hasta ahora considerados, su nivel de transformación difiere, en cambio, al considerar la entidad y dimensión de la *aureola periférica*, es decir, de ese espacio marginal, cuyo dinamismo actual no hace sino prolongar, acentuándolos, sus rasgos primigenios. La diferencia estriba lógicamente en la desigual expansión demográfica y distinto grado de diversificación económica y funcional que contrastan a las ciudades entre sí. En las de menor tamaño puede decirse que los núcleos suburbanos han experimentado una escasa modificación en su fisonomía tradicional, que conservan casi en su mayor parte, tanto en el estilo de las edificaciones como en la insuficiencia crónica de servicios y dotaciones de infraestructura. Incluso en algunos casos se ha producido un vaciamiento demográfico, en beneficio de sectores más próximos al centro.

Por el contrario, el fenómeno suburbial resulta mucho más espectacular y sorprendente en los principales entes urbanos de la región, sobre todo en aquellos afectados por un proceso de industrialización más intenso, responsable de un aumento significativo de la población obrera. Es aquí donde, en esencia, tiene lugar una proliferación acelerada de las nuevas construcciones, que, si en un primer momento se manifiesta en edificios de escaso porte, no tarda en mostrar la presencia generalizada de inmuebles con gran altura, debidos inicialmente a la promoción oficial y más tarde a la decidida intervención del sector privado, favorecido además por un generoso sistema de subvenciones públicas. Todo ello cristaliza en la génesis e hipertrofia de los grandes barrios obreros, muy expresivos en Valladolid y Burgos, en

los que se alcanza un elevado índice de congestión y hacinamiento, como corresponde a un área sometida a una fuerte presión demográfica y en la que prevalecen las viviendas de reducida superficie, con una tipología de edificaciones uniformemente caracterizadas por su baja calidad.

No obstante, la franja suburbana no siempre constituye un espacio de ocupación predominante de los trabajadores industriales. A menudo algunos de sus tramos aparecen al mismo tiempo como un sector compartido, en el que no es infrecuente la presencia de un colectivo social integrado por funcionarios y profesionales diversos, cuyo poder adquisitivo les impide, sin embargo, satisfacer los elevados precios de las viviendas ubicadas en el centro de la ciudad, al encontrarse paralelamente sometido a una fuerte dinámica especulativa que limita su ocupación a grupos cada vez más restringidos de la burguesía urbana. Se produce de este modo una cierta alteración de la orla periférica, que llega a modificar, más o menos puntualmente, la fisonomía degradada general. Y esto se manifiesta a través de un tipo de construcción distinta, resultante, en unos casos, de un proceso de remodelado a partir de antiguas viviendas y, en otros, de la ocupación de espacios vacíos, a base de una edificación más abierta, que coincide además con una ausencia prácticamente absoluta de la actividad transformadora y una dotación más cualificada de servicios.

En suma, la consolidación de esta aureola suburbana ha permitido dar un paso decisivo en el proceso de colmatación del plano, otorgando una perfecta continuidad al entramado de las ciudades, que aparecen así definidas por la yuxtaposición de unidades antagónicas, social y morfológicamente diferenciadas. Más aún, su desarrollo en «mancha de aceite» ha hecho posible la superación de sus límites tradicionales, hasta el extremo de mostrar su incidencia en la transformación de un *cinturón periurbano*, aún inconsistente y desorganizado en las ciudades más pequeñas. Un cinturón en el que se integran no sólo una nueva generación de suburbios, muy recientes, sino también los núcleos rurales próximos, especialmente aquellos ubicados a lo largo de las principales vías de comunicación, que gozan de óptimas condiciones para la instalación de talleres, naves y plantas industriales, favorecidos por la disponibilidad de un suelo aún barato, y en promiscuidad directa con nuevas construcciones, cuya expansión no tardará en modificar profundamente la fisonomía rústica que les ha caracterizado hasta hace poco tiempo.

### *Conclusiones*

El estudio de la dinámica industrial y del proceso de urbanización resulta muy expresivo cuando se trata de valorar la auténtica dimensión de los cambios ocurridos recientemente en la región castellano-leonesa. Ambos constituyen la plataforma sobre la que descansa la nueva configuración del espacio regional, netamente diferenciada de la que poseía hace tan sólo veinte años.

Sin embargo, contemplada desde una perspectiva geográfica, esta evolución presenta aspectos que mediatizan su aparente incidencia positiva. Nos encontramos, en efecto, ante un proceso de transformación excesivamente rápido, que ha convulsionado en muy poco tiempo toda una estructura heredada, imprimiéndola un dinamismo nuevo, a merced de impulsos en gran parte ajenos a la propia región. Desde mediados de los años sesenta, Castilla la Vieja aparece inserta dentro de un tipo de crecimiento que tiende a aprovechar las indudables ventajas derivadas de su localización próxima a espacios de gran capacidad económica y financiera, al socaire de los beneficios que acompañan a la puesta en práctica de los Polos de Desarrollo en

dos ciudades excelentemente situadas en este sentido. Se produce así en ellas una expansión acelerada de la industria, que reviste rasgos específicos, al estar basada esencialmente en objetivos sectoriales y en un modelo de empresa moderna y evolucionada, en estrecha conexión con la financiación y los centros de decisión foráneos. De ahí se derivan a la postre toda una serie de efectos multiplicadores, que ejercen un impacto decisivo sobre las distintas variables económicas, sobre la organización de la propia actividad industrial, facilitando la presencia de fenómenos de aglomeración y, desde luego, sobre el empleo y la estructura de la fuerza de trabajo.

Pero, al mismo tiempo, lo que se experimenta también es la consolidación de un crecimiento puntual, muy polarizado en el espacio, a expensas de una dinámica regresiva en el resto de la región. De este modo aparece bien configurada una situación de carácter dual, que compatibiliza la excepcional vitalidad de unos enclaves concretos con la persistencia de una trayectoria declinante de la región a todos los niveles. Pues no otra es, obviamente, la evolución observada en la participación de Castilla la Vieja dentro de indicadores tan elocuentes como son, por ejemplo, la producción nacional (de 7,4 a 6,2 por 100 entre 1960 y 1977), el volumen total de ingresos (de 7,2 a 6,1) o el valor relativo de sus efectivos demográficos (de 10,1 a 7,7). Aspectos que definen, en suma, los caracteres de un continuado proceso de diferenciación interna, basado en la existencia de un profundo desequilibrio espacial en un contexto de atonía generalizada.

Todo ello permite, finalmente, comprender y valorar el auténtico significado del proceso de urbanización actual que, salvo en los núcleos más intensamente industrializados, no responde a un verdadero crecimiento económico ni a una revitalización de las ciudades. Aparece más bien como un fenómeno subsidiario, ligado a la crisis de las cabeceras comarcales, al reforzamiento de sus propias funciones de centralidad ejercidas por las capitales dentro de su ámbito provincial y a los cambios cualitativos desencadenados en el seno de la población activa. El resultado ha sido una transformación sensible y acelerada del espacio urbano, de la que han participado inequívocamente todas las ciudades castellanas. Una transformación que se traduce no sólo en la masificación de su entramado interno, sino también en la génesis de una estructura compleja, en la que cada uno de sus elementos, con sus antagonismos y contrastes, acusa la incidencia de la desigual componente social y funcional que les caracteriza. Desde este punto de vista, las diferencias que separan a los distintos sectores de la ciudad han contribuido a una compartimentación del espacio urbano, que con frecuencia se muestra como algo desarticulado e inconexo, de difícil vertebración.

En cualquier caso, todo parece indicar que la dinámica externa de las ciudades castellanas dista mucho de corresponder a la que en principio ofrece su propio crecimiento y mutación superficial. Limitadas esencialmente a un área de incidencia restringida, mantienen moderadas conexiones entre sí, al menos mucho menores que las que, en cambio, las vinculan a los grandes centros urbanos externos a la región. Es este un elemento de juicio más para ratificar el hecho de que la trayectoria de Castilla la Vieja y León se identifica perfectamente con la que han experimentado las regiones deprimidas españolas, entre las que aparece, sin duda, como un ejemplo sumamente claro y significativo.